



Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
Universidad de León

Grado en Economía
Curso 2020/2021

**El decrecimiento y el estado estacionario:
Una aproximación desde la escuela clásica**

Degrowth and steady-state:
An approach from the classical school

Realizado por el alumno: Andrés Mantilla Rodríguez

Tutelado por el profesor: Alfredo Macías Vázquez

León, Julio 2021

ÍNDICE DE CONTENIDOS

1.INTRODUCCIÓN.....	7
2.METODOLOGÍA.....	10
3. TEORÍA DEL DECRECIMIENTO	11
3.1 ¿QUÉ ES EL DECRECIMIENTO?	11
3.2 ¿CÓMO SE CONCIBE EL PROCESO DE DECRECIMIENTO?.....	16
4. LOS CLÁSICOS Y SUS TEORÍAS DEL ESTADO ESTACIONARIO	18
4.1 ADAM SMITH.....	18
4.1.1 Crecimiento Natural vs Crecimiento Antinatural.....	18
4.1.2 La Concepción del Estado Estacionario según Adam Smith	20
4.2 THOMAS MALTHUS	21
4.3 DAVID RICARDO.....	23
4.4 JOHN STUART MILL	25
5. ¿CÓMO VEN Y UTILIZAN LOS DECRECENTISTAS EL CONCEPTO DE ESTADO ESTACIONARIO PROPUESTO POR LOS CLÁSICOS?	28
5.1 HERMAN DALY	28
5.2 EL CLUB DE ROMA.....	31
5.3 SERGE LATOUCHE	33
5.4 NICHOLAS GEORGERESCU-ROEGEN.....	35
6. CONCLUSIONES.....	39
7. REFERENCIAS	44

RESUMEN

Gran cantidad de autores han advertido durante las últimas décadas sobre los límites del crecimiento y la imposibilidad que supone el crecimiento ilimitado de la economía convencional. En dicho contexto caracterizado por una clara crisis ecológica y de escasez recursos, el decrecimiento se erige como la principal solución para romper con dicha progresión que nos puede llevar a la catástrofe. No obstante, todavía nos es incierto como se concebirá el propio proceso de decrecimiento, si voluntariamente o por la propia dinámica objetiva del sistema.

No obstante, se trata de una preocupación que nació varios siglos antes, en los inicios del capitalismo y que tiene como protagonistas a los economistas y filósofos de la escuela clásica. Dichos ilustrados estaban preocupados porque preveían que, por diferentes causas internas o externas al sistema, los estados no serían capaces de mantener el crecimiento continuo en el largo plazo. Como consecuencia de este pensamiento, nació el concepto de estado estacionario que define el momento final del proceso de crecimiento en el capitalismo. Al unir ambas ideas podemos llegar al centro del trabajo: ¿Puede el estado estacionario otorgarnos una solución complementaria a la crisis ecológica y social, desde el punto de vista del decrecimiento?

Palabras clave: crecimiento económico, decrecimiento, estado estacionario, límites de crecimiento, proceso de decrecimiento.

ABSTRACT

Many authors have warned over the last few decades about the limits of growth and the impossibility of it being unlimited in the conventional economy. In this context, which is marked by a clear ecological crisis and a shortage of resources, degrowth is the main solution to break this progression, which could lead to catastrophe. However, we are still uncertain as to how the process of degrowth itself will be conceived, whether voluntarily or by the objective dynamics of the system itself.

Nevertheless, this concern arose several centuries before, at the beginning of capitalism, and its protagonists are the economists and philosophers of the classic school. They were concerned because they anticipated that, for various reasons, both internal or external to the system, states would be no able to sustain sustained growth in the long run. As a result of this thought, the concept of steady state was born, which defines the final momento of

the growth process in capitalism. By bringing these two ideas together, we can get to the heart of the work: Can the steady state provide us with a complementary solution to the ecological and social crisis, from the point of view of the degrowth?

Keywords: economic growth, degrowth, steady-state, limits of growth, degrowth process.

1.INTRODUCCIÓN

El decrecimiento ha ganado una gran relevancia a raíz de la última crisis financiera mundial de 2008 y la actual crisis económica derivada de la pandemia del Covid-19. La incapacidad para erradicar el hambre, la escasez de materiales y recursos energéticos, así como los crecientes niveles de radiación y contaminación, son muestras suficientes para cuestionarse el funcionamiento del actual sistema económico basado en el paradigma del crecimiento ilimitado como la fuente de progreso. Desde hace ya varias décadas existe un debate abierto, que enfrenta a todo tipo de economistas, políticos, sociólogos y ecologistas, sobre la viabilidad del sistema y los límites al crecimiento. Es en esta tesitura, en la que se plantea como idóneo profundizar en la teoría del decrecimiento como alternativa y solución a los problemas que acarrea el actual sistema de crecimiento ilimitado que amenaza con rebasar, no solo los límites ecológicos que a priori pueden resultar lo más importantes, sino también los límites sociales (Calbet, Del, & Vasco, 2012).

No obstante, en este trabajo de fin de curso, no vamos a otorgar importancia específicamente al cuestionamiento de las teorías de la economía convencional o a las bases teóricas propuestas por el decrecimiento para contrarrestarlo, sino que vamos a tratar cómo se puede concebir el proceso de decrecimiento. Al respecto, se divisan dos escenarios posibles. El primero e ideal sería que la forma de decrecimiento se alcance de manera voluntaria, mediante la consecución de un nuevo paradigma social que rechace la lógica del crecimiento por el crecimiento y nos permita alcanzar un futuro sostenible y evitar así las consecuencias catastróficas que supone la superación de los límites ecológicos y sociales. Dicho escenario supondría la creación de un aparato normativo que regulase todo el proceso de decrecimiento, permitiendo llevar a cabo todas las reformas multidisciplinares necesarias para abordar la inviabilidad biofísica que implica el crecimiento ilimitado. En cuanto al segundo escenario, este llegaría si el primero no se concediese o, aunque sí que llegase a crear el nuevo orden social pertinente, este termine fracasando por una propia incapacidad de funcionamiento o porque no llegase a tiempo antes de la superación de los límites. En ese momento, el proceso de decrecimiento llegaría de la mano de una situación catastrófica que diezmaría la población y con ella, la actividad económica. De esta manera, el decrecimiento llegaría de forma involuntaria por la propia lógica objetiva del sistema social-económico y el medio ambiente. Bajo esta disyuntiva, se nos antoja de vital importancia teorizar y encontrar una solución que sirva

de caldo de cultivo para poder alcanzar el primero de los escenarios definidos previamente.

Si realizamos una mirada al pasado y observamos en qué momento se comenzó a teorizar a cerca de la preocupación por los límites del crecimiento y la escasez de recursos en el sistema capitalista como resultado del crecimiento continuado en el largo plazo, tenemos que recurrir sin duda a las aportaciones de los economistas clásicos sobre el crecimiento en el largo plazo. Para todos los economistas clásicos el crecimiento ilimitado a largo plazo era una asignatura más que incierta y por ello, muchos de ellos, dedicaron parte de su obra para introducir y establecer el concepto de estado estacionario (Kerschner, 2003). El estado estacionario clásico correspondería con ese momento en el que una nación o sociedad alcanzase su nivel máximo de riquezas y no pudiera continuar creciendo, ya sea por la enorme competencia, la reducida tasa de beneficios, la escasez de recursos y tierras útiles o por el exceso de población. En ese instante, el proceso de crecimiento finalizaría y, bajo la opinión de algunos miembros de la escuela clásica, se alcanzaría un estado estacionario con un stock de capital y personas constante en el que nadie ganaría más que el producto por su trabajo, en un nivel cercano al de subsistencia. Para algunos, la llegada de este estado estacionario sería equiparable a una catástrofe indeseable, para otros algo óptimo y apetecible. Tras conocer el concepto del estado estacionario clásico como final para un proceso de crecimiento limitado decidí dar respuesta a preguntas como: ¿Puede el estado estacionario formar parte de la solución a la crisis ecológica actual?, ¿Se trata de una utopía, o tiene bases teóricas sólidas que lo hacen aplicable a la realidad social, económica y ecológica que nos rodea?, ¿Qué piensan los autores partidarios del decrecimiento sobre dicho concepto, puede representar un perfecto caldo de cultivo para llevar a cabo un proceso de decrecimiento voluntario o es inviable en sí mismo?

En consecuencia, con este trabajo me he propuesto realizar un análisis a cerca de los desafíos que plantea la corriente económica decrecentista y observar, desde la visión clásica del estado estacionario, si este último puede responder como una solución adecuada y complementaria al paradigma decrecentista. Por otro lado, en nuestro trabajo existe una clara intención de mostrar la gran dificultad que implica afrontar la crisis ecológica y de escasez de recursos, ya no sólo desde el actual sistema económico-social que se muestra prácticamente incapacitado para ello, sino desde el propio paradigma de la teoría del decrecimiento. Por consiguiente, resulta relevante conocer si la visión clásica del crecimiento limitado y el estado estacionario suponen una salida idónea.

El trabajo de fin de grado se encuentra dividido en tres grandes bloques. En un primer bloque realizaremos una revisión, basándonos en los principales teóricos contemporáneos decrecentistas, de las características, retos y soluciones planteadas por la teoría del decrecimiento, con la intención de subrayar la importancia que supone su consecución a la hora de alcanzar un nuevo paradigma que permita subsanar, tanto el reto de los límites biofísicos como el proceso socioeconómico pertinente para conseguirlo. En un segundo apartado trataremos de hacer hincapié en cómo se puede concebir el propio proceso de decrecimiento y, de esta manera, introducir el estado estacionario como posible factor relevante dentro del mismo proceso. A continuación, en un segundo bloque, pasaremos a profundizar en el concepto de estado estacionario clásico bajo las perspectivas de los principales economistas de la escuela clásica. No sólo indagaremos en su perspectiva a cerca de su consecución y marco coyuntural definitorio, sino que también trataremos cómo y por qué creían que se llegaría a él, permitiéndonos encontrar ciertas reminiscencias con la situación actual sobre el proceso de crecimiento, la caída de la tasa de ganancias, la escasez de recursos o la sobrepoblación. Una vez conozcamos los principales planteamientos clásicos del estado estacionario, en el tercer bloque, conoceremos la visión de los principales escritores y economistas ecológicos y decrecentistas a cerca del estado estacionario. En consecuencia, analizaremos su punto de vista a cerca de los límites del crecimiento, el proceso de decrecimiento y, lo más importante, si utilizan el estado estacionario clásico y sus influencias a la hora de concebir el decrecimiento o, por el contrario, creen que no es objetivamente viable para superar los retos que propone el decrecimiento y que conocimos en el primer bloque. Por último, finalizaremos el trabajo con las conclusiones extraídas de todo propuesto y analizado con anterioridad.

2.METODOLOGÍA

La metodología que se ha seguido para la elaboración de este trabajo de fin de grado ha consistido, en su totalidad, en una revisión bibliográfica pertinente de una selección de fuentes bibliográficas que incluyen todos los temas que en el trabajo de fin de curso se tratan de abordar.

En un comienzo, la revisión consistió en realizar un análisis de los principales manuales y tratados que han descrito el decrecimiento, y así, conocer sus características primordiales y definir sus rasgos generales. Posteriormente, analizamos las obras y ensayos clásicos por excelencia con la intención de abordar los aspectos que contienen sobre el largo plazo y el concepto de estado estacionario. A continuación, centramos la vista en revisar los principales libros y recopilaciones a cerca de los autores decrecentistas, a modo de encontrar sus visiones sobre el estado estacionario y sus concepciones a cerca del proceso de decrecimiento. Por último, acudimos a revistas científicas y de política económica que abordan disquisiciones más concretas sobre el conflicto y los argumentos de los personajes más influyentes que han discutido el tema, así como sus críticas y conclusiones.

En cuanto al aspecto formal, el trabajo se ha elaborado conforme a las pautas señalizadas por el reglamento de elaboración de trabajos de fin de grado, desarrollado por la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de León. Por otra parte, la citación y gestión bibliográfica ha sido elaborada mediante el programa Mendeley, siguiendo el formato APA.

3. TEORÍA DEL DECRECIMIENTO

3.1 ¿QUÉ ES EL DECRECIMIENTO?

El decrecimiento es una corriente económica nacida en el S.XIX como contrapartida del movimiento industrial dominante en esa época. No obstante, fue a partir del S.XX cuando se comenzó a teorizar en esta rama de la economía gracias a autores como Nicolás Georgescu-Roegen (Georgescu-Roegen, 1971), Carlos Taibo (Taibo, 2019), Serge Latouche (Latouche, 2008; Latouche & Casas, 2009) o El Club de Roma (Meadows & Randers, 1972), asentándose como una corriente, tanto política como social y económica, cuyo principal objetivo es la disminución de la producción con la intención de equilibrar las relaciones entre el ser humano y la naturaleza. Por otro lado, también se busca la ruptura con la lógica del crecimiento por el crecimiento, es decir, buscar el acrecentismo como solución a muchos de los problemas sociales y medio ambientales.

Los defensores más raudos del decrecimiento abogan por la reducción de la actividad, incluso llegando a la totalidad, en los sectores productivos del automóvil, aeronáutica, publicidad y la construcción. Ante el despido de grandes masas de trabajadores en estos sectores, el decrecimiento propone el impulso de las actividades económicas que muestran relación con aquellas necesidades sociales que actualmente quedan insatisfechas y también aquellas que se basan en las necesidades para con el medio ambiente y la ecología. En adición, el decrecimiento implicara la puesta en marcha de gran cantidad de puestos de trabajo en el sector del transporte colectivo, la agricultura ecológica-sostenible y sin duda en el campo de las energías renovables. Por otro lado, se buscara la redistribución de los trabajadores de los sectores de trabajo más convencionales que seguirán existiendo sin ninguna duda. En resumen, con esta combinación se obtendrían una receta mucho más deseable: reducción de la cantidad de horas de trabajo, control de los niveles de consumo, mayor tiempo libre y redistribución de los beneficios (Taibo, 2019).

Se deben de reseñar dos premisas. Por un lado, dejar claro que el decrecimiento no significa llevar al nivel mínimo el consumo y la producción sino de la búsqueda de alcanzar los niveles de equilibrio con la naturaleza, que han sido destruidos completamente por el colonialismo, la industrialización y el urbanismo. La otra premisa consiste en señalar que el decrecimiento no está basado en ninguna creencia del más estilo puritano. En realidad, evoca una crítica del actual sistema competitivo y aboga por otorgar un lugar privilegiado a la vida social, enfrentándose a los monstruos del consumo y la

productividad latente que campa por todos los rincones y niveles sociales existentes en el mundo.

Estas nociones económicas vienen acompañadas por unos principios morales ampliamente diferentes a los que conocemos en la actualidad y que comprenden (Taibo, 2019):

- Defensa de la vida social: Luchar contra la lógica de la competencia, la productividad, el consumismo. Sin embargo, sin la superación de la sociedad capitalista esto se convierte en una quimera.
- Reconversión total de las formas habituales de ocio hacia el conocido como ocio creativo, con la intención de abandonar las practicas consumistas que colman el mercado y la industria cultural.
- Repartición de los diferentes tipos de trabajo.
- Disminución de la amplitud de los complejos administrativos, productivos y relacionados con el transporte.
- Enfrentamiento de la natural vida local contra la abominable globalización, basándose en la ruptura con los ambientes complejos y la descentralización de los mercados. De esta manera obtendrían mayor protagonismo los mercados y redes locales contra las grandes ciudades.
- Abogar por una forma de vida más lenta y sencilla, sobre todo en el ámbito de la educación y la alimentación.

En cuanto a las medidas y prácticas que se pueden llevar a cabo para salir de las reglas que nos impone el sistema capitalista, hay que señalar que el decrecimiento se basa en una relación equitativa entre lo individual y lo colectivo (Taibo, 2019). Es decir, no solo cambios a nivel general de la producción y la competencia, sino también a nivel individual en nuestra vida cotidiana. Carecería de sentido promulgar unas sin corresponder las otras. Otra idea importante se construye alrededor de la búsqueda del apoyo mutuo, sobre todo para superar el problema de la competitividad y del “todo vale”, que tanto daño hacen en nuestra sociedad. El decrecimiento trata de romper con esa creencia de que los sacrificados son aquellos que pierden y nunca los que ganan. En adicción, se debería de crear una sociedad cimentada en el apoyo mutuo y la cooperación con la idea de

contrarrestar la agresiva sociedad en la que vivimos que se caracteriza por una feroz competencia. Estos dos aspectos, la cooperación y las buenas prácticas individuales en el ámbito cotidiano resultan claves a la hora de reproducir el cambio decrecentista. A continuación paso a realizar un resumen de las principales prácticas que defiende la teoría decrecentista, según (Taibo, 2019):

1. Reducción radical del consumo, impulsando en todos los casos el uso eficiente y razonable de la energía y los recursos. De esta manera incluso muchos de los recursos que ahora nos parecen escasos podrían llegar a ser completamente gratuitos, y en el caso de los usos desmedidos e inapropiados, el precio de estos sería notoriamente superior por su gasto. Estos podrían ser el agua, la electricidad, el gas o el transporte público, si por ejemplo, declarase que no va a utilizar el vehículo personal.

2. Disminución y limitación de los desplazamientos que impliquen grandes cantidades de energía o no sea totalmente responsables y eficientes. Al adoptar la práctica decrecentista se deberá de otorgar mayor poder a la bicicleta y el transporte público. Solamente la utilización de vehículos privados cuando vayan completos y sean eficientes. Además, se impulsara el trabajo desde casa para tratar de evitar gran cantidad de desplazamientos por motivos de trabajo, siempre dejando claro que el consumo de energía existente por los ordenadores es mucho más reducido que el de los vehículos y medios de transporte.

3. Abogar por una desconexión de medios de comunicación como la radio y la televisión que incluyen maniobras y campañas publicitarias que nos crean falsas necesidades e incitan al consumo innecesario, sobre todo, en la industria de los regalos y las celebraciones. Por otro lado, tratar de evitar el consumo en grandes superficies comerciales alejadas de los centros locales y que tienen un horario de trabajo ininterrumpido y de larga duración. De esta manera se luchará contra la explotación laboral y la mejora de las condiciones de los trabajadores, además de reducir el gasto energético y la contaminación producida por los desplazamientos a estos centros ajenos a las ciudades y que acumulan gran cantidad de personas en poco espacio.

4. Se debe de emplear una nueva forma de consumo dirigida hacia los establecimientos locales y cercanos. Crear una educación social que permita el control y conocimiento de la fabricación y contenido de los alimentos para poder impulsar aquellos en los que se produzca mayor justicia y respeto por los trabajadores y el medio ambiente. Paralelamente, se deberá producir una consciencia social acerca de la cultura de la cocina

y la búsqueda de la concesión de mayor tiempo e importancia a las comidas y su preparación. Realizar comidas con sentido y calma es fundamental para una reducción de los casos de obesidad y para la reducción de los residuos basuras alimentarias.

5. Establecer un sistema de prestación de bienes entre comunidades y vecinos., con el objetivo de reducir el consumo y favorecer la reutilización y el reciclaje. Por ejemplo, los bienes culturales se prestarían con facilidad a estas prácticas. Su donación e intercambio serían extremadamente beneficiosos en términos de recursos y mejoraría el estrechamiento de los lazos entre la población.

6. Evitar el sistema bancario y bursátil, así como promulgar formas de ahorro y financiación locales, éticas y justas. Es totalmente obvio que se debe de rehuir las prácticas especulativas y la bolsa que tanto daño hacen en nuestra sociedad.

7. Defensa activa de la reducción de la jornada laboral que supondría un claro beneficio en materia social y ecológica. Además, sería ampliamente beneficioso para la reducción de los gastos por el desplazamiento al trabajo y, sobre todo, reduciría el consumo y aumentaría el tiempo libre.

8. Avanzar en la idea de acabar con el esclavismo de la población hacia las relaciones de poder y el dinero. Existen gran cantidad de actividades que podrían ir en este camino como son los bancos de alimentos, las monedas sociales locales, cooperativismo y el trabajo voluntario.

9. El decrecimiento también incluye una dimensión ética en la relación entre los países del Norte y del Sur. El decrecimiento acabaría con el robo y expolio de los recursos de los países del sur al reducirse la demanda y el consumo. Los materiales, la explotación del suelo terminaría y la relación de esclavitud en cuanto a recursos se refiere se vería ampliamente reducida, aumentando su prosperidad y tratando de evitar los errores cometidos en el pasado.

10. El decrecimiento lleva implícita la necesidad de escapar de las garras del capitalismo. Para ello, muchos de los teóricos de esta corriente se centran en la obra de Marx. Se reivindica la lucha entre clases y la crisis ecológica, sobre todo en un ambiente en el que Marx no llegó a profundizar (según los teóricos decrecentistas), los límites de recursos y del medioambiente, la explotación y el trabajo asalariado. Lo que es innegable es que mantener el capitalismo y contrarrestar los problemas ecológicos son aspectos totalmente

incompatibles y cualquier intento de propaganda como el capitalismo verde es una completa falacia, según los decrecentistas.

11. En cuanto a la tecnología, los decrecentistas hablan de un efecto rebote. Todas las tecnologías que se han ido implementando, siempre han ido dirigidas a la mejora de la productividad y no a la mejora de la calidad de vida. Si dejamos a un lado el problema de desempleo que produce este efecto rebote tecnológico, hay que señalar que ya no solo bastaría con impulsar las tecnologías verdes y más eficientes como forma para que se produzca la transición decrecentista, sino que también sería imprescindible meter en la ecuación las nuevas ideas para la solución de la autosuficiencia y la reducción del consumo, así como la mejora de la vida cotidiana. En otras palabras, se debería de cambiar el paradigma del desarrollo tecnológico de manera que se enfocase hacia innovaciones de las formas de vida en vez de en mejorar la producción de bienes y servicios para el mercado.

12. En cuanto a los conflictos distributivos desiguales, los teóricos del decrecimiento introducen un concepto llamado la deuda del crecimiento. Alegan que el problema principal no es que los países del sur sean pobres, sino que el malentendido concepto de riqueza ha llevado a los países del norte al consumo compulsivo como forma de crecimiento. Los países “ricos” han llevado al planeta a un límite histórico de sostenibilidad. Indicadores como la huella ecológica lo ratifican, ya que, solo Estados Unidos necesita 12,5 hectáreas per cápita para mantener el consumo de su población. Otro dato preocupante en este conflicto es que el 20% de la población gasta más del 85% de los recursos. Esto nos muestra como los países del norte han realizado durante los últimos siglos un expolio de todos los recursos del resto de países, especialmente de los países del Sur evidentemente. Por ello, hablamos de que los países del norte tienen una clara deuda de crecimiento con los países del sur en todos los ámbitos posibles. Existe una deuda económica e histórica, ya que, el crecimiento del norte se ha dado gracias al continuo ejercicio de poder y al robo de recursos, todo gracias a la colonización y las posteriores formas políticas y sociales de dominación. En adicción, existe una clara deuda cultural y social marcada por la destrucción de cualquier ápice cultural de las comunidades del sur, la calidad de vida de los habitantes y sus derechos humanos. Por último y muy importante, existe una clara deuda ecológica, definida por la expropiación de la tierra y recursos, la externalización de la contaminación, la gestión de residuos y las emisiones nocivas a las atmósferas que minan la salud de los habitantes de los países del Sur.

Por último, a modo de resumen fijaremos los pilares del decrecimiento, es decir, los conceptos en los que se basa la teoría y que sirven para conceptualizarla basándonos en (Latouche, 2008):

- Reevaluar: Cambio de la mentalidad social individual, globalista y consumista por una cara más humanista y asociativa.
- Reestructurar: Crear un nuevo aparato de producción y relacional que nos permita centrarnos en los aspectos de la simplicidad voluntaria y la ecología sostenida.
- Relocalizar: Búsqueda de la autosuficiencia local y disminución del transporte de todo tipo.
- Redistribuir: Sobre todo en lo que respecta a la riqueza y las relaciones Norte-Sur.
- Reutilizar y Reciclar: Cambiar el despilfarro por la reutilización y trueque para alargar la vida de los bienes y productos.

En resumen, podemos concluir que la base del decrecimiento gira en torno al control de los límites biofísicos, la solución de los problemas sociales que impiden la búsqueda de un crecimiento de orden cualitativo y no cuantitativo, visualizar la incapacidad del sistema convencional basado en la búsqueda del crecimiento económico para resolver los escollos que ha creado por su propio funcionamiento y, sobre todo, mostrar la necesidad de realizar cambios estructurales que nos permitan afrontar los retos socioeconómicos que implican el control de los límites biofísicos (Fernández García, 2019).

3.2¿CÓMO SE CONCIBE EL PROCESO DE DECRECIMIENTO?

Sin duda, como hemos podido analizar en el anterior apartado, la teoría del decrecimiento nace como respuesta a los límites que plantea el crecimiento económico, siendo los más importantes aquellos relacionados con los límites medio ambientales y de escasez de recursos naturales. Por ello, resulta casi imprescindible un cambio de paradigma para poder llegar un futuro más sostenible. Sin embargo, lo más difícil de vaticinar será la forma o método por el que se producirá dicho decrecimiento en la actividad económica y social. Las dos principales vías o ramas por las que se concibe el proceso de crecimiento son la vía catastrofista y la vía normativa.

La visión catastrofista sería aquella referida a la concesión del estado estacionario por medio de algún evento catastrófico producido por la propia acción de la dinámica objetiva

del sistema económico. Este suceso o sucesos catastróficos obligarían a la reducción de la actividad económica de manera implacable, ya fuera por la reducción de la población o por la alteración de las relaciones sociales y económicas. Entre estos sucesos podrían encontrarse las catástrofes medioambientales y situaciones climatológicas adversas, escasez de recursos y guerras por los mismos, hambrunas o aparición de enfermedades y pandemias. En resumen, esta visión se basa en la creencia de que, al continuar con la lógica nociva del crecimiento continuo, el propio sistema colapsaría y se produciría una catástrofe que produciría el decrecimiento.

Por otro lado, se encuentra la visión normativa. Esta se basa en la consecución de un proceso de decrecimiento no catastrófico y regulado, que permitiese llegar a un estado estacionario en el que el stock de capital es nulo. Este se basaría, aunque hay diferentes visiones, en la creación de un nuevo orden social para poder regular por completo el propio proceso de crecimiento, y de esta manera, crear un mundo completamente sostenido en el tiempo. Se trataría de una transición ordenada y consciente basada en la creación de diferentes instituciones que guiasen y organizaran el sistema económico y social para romper con el crecimiento y no superar los límites ecológicos y de recursos que se nos plantean. Son muchos los economistas que a lo largo de la historia han teorizado sobre la viabilidad y consecución del estado estacionario y si fuese la respuesta correcta a los problemas del crecimiento económico en el largo plazo. Por todo ello, se nos plantea una cuestión al respecto: ¿Puede el estado estacionario representar una solución a la actual crisis ecológica que vivimos, desde el punto de vista del decrecimiento?

Para poder responder a dicha pregunta resulta imprescindible indagar en el concepto y visión del propio estado estacionario. En consecuencia, es de vital importancia acercarnos a conocer la perspectiva de los primeros economistas de la historia que teorizaron y dilucidaron acerca de los límites del crecimiento y la economía del estado estacionario, los economistas de la escuela clásica.

4. LOS CLÁSICOS Y SUS TEORÍAS DEL ESTADO

ESTACIONARIO

4.1 ADAM SMITH

El primer autor de la escuela clásica que adelantó la primera idea de un posible estado estacionario como resultado final del proceso de crecimiento en el largo plazo fue Adam Smith (1723-1790) en su obra *“La Riqueza de las Naciones”* (Smith, 1776). A pesar de que su obra fue una de las principales bases teóricas que sirvieron de inicio para el paradigma moderno del crecimiento económico, Smith nunca estuvo convencido de que la riqueza pudiera crecer de manera indefinida (Kerschner, 2003).

4.1.1 Crecimiento Natural vs Crecimiento Antinatural

Para Smith, la base del crecimiento de un país se encontraba en la acumulación de riqueza y la obtención de altas tasas de beneficio hasta llegar a un estado de máxima opulencia (Smith, 1776). No obstante, Smith observó que no todas las naciones crecían de la misma manera. Tras realizar numerosos estudios sobre la situación económica y el modelo económico de diferentes países y regiones de su entorno, Smith llegó a la conclusión de que existían dos vías de obtención de riqueza y, por tanto, de alcanzar el crecimiento (Arrighi, 2007). La primera, a la que bautizó como crecimiento natural y de la que él era más partidario, estaba siendo seguida por los países asiáticos, en especial, por China. Dicho modelo de crecimiento estaba basado en la inversión activa en el sector agrícola. Posteriormente se pasaría a invertir en el sector industrial y por último, en el comercio. Se trata de un sistema de crecimiento muy sencillo: la modernización y mejora del sector de la agricultura crearía una demanda de inversión en el sector industrial. Si juntamos el auge de la producción de todo tipo de bienes industriales y agrícolas, surgiría un amplio excedente productivo que sería intercambiado con el extranjero por bienes de mayor valor. En otras palabras, se trata de un sistema de crecimiento basado en una fuerte organización productiva e intensiva en trabajo, enfocada al comercio y demanda interior, siendo el pilar fundamental el sector agrícola. Este sistema tenía como gran ventaja la evasión de los frenos Maltusianos, en otras palabras, que el aumento de la población es completamente absorbido por la producción y no se produce una presión sobre los recursos (Arrighi, 2007).

Smith profundizó en esta idea analizando un caso especial de aquella época, el delta del Yangtsé. En este lugar, el comercio de involución centrado en el algodón y la seda

permitió que el sistema económico absorbiera una parte de la población, haciendo que esta pudiera seguir creciendo y permitiendo un ligero aumento de los salarios, sin que apareciera algún tipo de presión sobre los recursos. El problema que observo Smith (Smith, 1776), fue que China no fue capaz de traducir ese crecimiento, principalmente en su mercado interno, en un poderoso desarrollo intensivo en energía y capital, a pesar de contar con grandes yacimientos de carbón. Esto es clave para entender porque en Europa si ocurrió un fuerte desarrollo industrial en el marco de la Revolución Industrial y no en Asia, que obtuvo una tasa de crecimiento de la productividad más pequeña y terminó estancándose. No obstante, Smith dilucido que en el largo plazo las previsiones, como se observa en el actual crecimiento exponencial de China, indican que su desarrollo podría llegar a superar a Europa (Arrighi, 2007).

Por último, Smith realiza una reflexión en la que deja claro que todas las instituciones políticas y económicas nunca deberían de salirse de estos canales que él denomina naturales, a la hora de la consecución de la máxima opulencia, ya que, este sistema permite un aumento de la riqueza mediante el crecimiento ajustado y proporcional de las poblaciones urbanas respecto a las mejoras en el campo, siendo la agricultura siempre el pilar básico. De esta manera, se configuraría el sistema natural del curso de las cosas.

En segundo lugar, se encuentra, el que Smith bautizó como el crecimiento antinatural. Según Smith (Smith, 1776), esta era la forma de crecimiento que seguían los países europeos como Holanda o Reino Unido. El pilar fundamental del crecimiento bajo esta perspectiva era conseguir riquezas mediante la fuerza militar y el comercio exterior. De esta manera, se conseguían beneficios para invertir en el desarrollo industrial y en el comercio. Gracias a la fuerza militar y las relaciones de poder se conseguían los mejores mercados y canales donde vender los dichos productos industriales para seguir consiguiendo más riquezas. En resumen, en este sistema el sector de la agricultura no tiene prácticamente relevancia, siendo la riqueza y el crecimiento fruto del comercio y la militarización (Arrighi, 2007).

No obstante, dicho método no evita los frenos maltusianos y podía acarrear crisis periódicas debido a la presión de la población de los recursos, además de llegar a verse sobrepasado en el largo plazo por el sistema de crecimiento natural (Arrighi, 2007).

Este análisis que hemos realizado acerca de las dos visiones que tenía Smith para afrontar el crecimiento se antoja imprescindible para, como veremos a continuación, entender su concepción del estado estacionario.

4.1.2 La Concepción del Estado Estacionario según Adam Smith

Como ya adelantamos, Adam Smith no estaba convencido de que el crecimiento pudiera darse de forma ilimitada a lo largo del tiempo y, en realidad, tenía razones para creerlo. Smith creía que una vez que iba creciendo la riqueza de cualquier país, la tasa de ganancias se iba reduciendo y las posibilidades de inversión se hacían más escasas. En aquella nación que consiguiera el “nivel completo de riquezas”, su sociedad entraría en un estado de equilibrio o estacionario con un flujo de capital y personas constante (Arrighi, 2007).

Es importante señalar que Adam Smith creía en la existencia en el largo plazo de sociedades en equilibrios de distinto nivel. Por un lado, se encontraría el equilibrio de bajo nivel, caracterizado por unos salarios bajos muy cercanos al nivel de pobreza y subsistencia y por otro lado se encontrarían casos como el de EEUU o Inglaterra que alcanzarían un equilibrio o estado estacionario de alto nivel, que contaría con unos salarios más altos y más alejados al nivel de subsistencia. De todas formas, Smith confiaba en que la mayoría de países alcanzarían, independientemente del sistema de crecimiento que siguiesen, un estado estacionario o equilibrio de alto nivel (Arrighi, 2007).

Para Smith, su ideal concepción del estado estacionario de alto nivel llegaría como resultado de la continua y progresiva caída tendencial de la tasa de beneficios como consecuencia del aumento de la competencia que acarrea la constante acumulación de capital en las diferentes ramas productivas y comerciales. Bajo la opinión del autor (Smith, 1776), a medida que la cantidad de capital de un país va en aumento, la rentabilidad por su utilización cada vez es más pequeña, haciendo difícil colocar dicho capital en sectores de alto rendimiento. En consecuencia, se produciría una ardua competencia entre los capitales de los diferentes tenedores dentro de las ramas productivas y comerciales que socaba las esperanzas de obtener una buena tasa de beneficio. Aunque la creación y apertura de nuevas esferas comerciales pudiera retrasar la llegada de dicho proceso, según Smith (Smith, 1776), la libertad de entrada y

competencia terminarían por impulsar dicha tendencia negativa de la tasa de beneficio, condenando a la nación a establecerse en un estado estacionario.

Smith concebía el desarrollo económico como un contenedor espacial, metáfora de país, que se encontraba lleno de personas, capital, recursos naturales y que se veía limitado y controlado por un conjunto de instituciones y leyes. En el momento en el que este contenedor estuviera completamente capitalizado y poblado, dicho país habría alcanzado el denominado estado estacionario, en el que se establecería de manera implacable (Arrighi, 2007).

En conclusión, se puede afirmar que Adam Smith tenía una visión optimista para con la consecución del estado estacionario, a pesar de que lo consideraba un estado apático como resultado del progreso. Lo caracterizaba como un estado aburrido y real, que significa la reducción de los niveles de vida, el aumento de la pobreza y la disminución de los beneficios. Aun así los escritos y trabajos de Smith sobre el estado estacionario y sus consecuencias, son considerados optimistas, ya que, no tenía una concepción para nada catastrofista del estado estacionario (Kerschner, 2003).

4.2 THOMAS MALTHUS

Thomas Malthus (1766-1834) fue un clérigo que se convirtió en uno de los economistas más importantes de la historia de Inglaterra y uno de los principales representantes de la escuela clásica. Como rasgo principal podremos decir que siempre defendió una postura controvertida y pesimista sobre el futuro de la sociedad y de la economía. En su principal obra "*Ensayo sobre el principio de población*" (Malthus, 1798), Malthus nos muestra un importante problema que el economista inglés reconoció a finales del siglo XVIII y en el que centro todas sus energías durante toda su vida: el ritmo de crecimiento de la población es mucho mayor que el crecimiento de los recursos para poder abastecer a toda la población, principalmente de los alimentos. Por ello, para Malthus, el crecimiento sostenido en el tiempo y el estado estacionario son completamente inviables. Como es obvio, Malthus tiene una interpretación muy pesimista respecto al progreso económico y humano, al contrario que Smith, debido a que desde sus primeros escritos muestra un fuerte convencimiento de que no existía ninguna manera para evitar que la sociedad no se vea afectada por la efectos constantes de la miseria en un estado económico caracterizado por la desigualdad, y aun mucho peor si se trata de un estado en el que todos son iguales (Kerschner, 2003). Gracias a su "*Ensayo sobre el principio de*

población”(Malthus, 1798), Malthus sentó las bases de los contemporáneos conceptos de capacidad de carga que son usados como raíz de las actuales teorías sobre decrecimiento. Su teoría se asienta en tres ideas principales (Malthus, 1798):

- La población aumenta a razón de progresión geométrica.
- Los recursos alimentarios son absolutamente imprescindibles para la subsistencia y son el principal y único factor limitante del aumento de la población.
- Los recursos crecen a razón de progresión aritmética.

Para el autor, estas tres razones eran suficientes para explicar la miseria y escasez que caracterizaba a la Inglaterra del momento. Por lo tanto, la única manera que observó Malthus para tratar de paliar la extensión de la miseria fue el control de la población (Kerschner, 2003).

Según Malthus (Malthus, 1798) citado en (Foster, 2000), existían dos tipos de controles o frenos al aumento de la población: los preventivos y los positivos o catastróficos. Los primeros se basaban en el control y restricción de los niveles de natalidad y, según el propio autor, eran aplicables especialmente en aquellas clases sociales más altas y de mayor educación, ya que, éstos no se casaban hasta que su situación patrimonial fuera segura. Por el contrario, los integrantes de los estamentos más pobres de la sociedad raramente tomarían en consideración dichos controles y, en caso afirmativo, terminarían entrando en prácticas viciosas y depravadas. Entre dichos controles preventivos, se encontraban el retraso de la edad de matrimonio y formación de familias, control de la prostitución, el celibato o la abstinencia sexual. Por otro lado, los controles catastróficos eran aquellos que actuaban directamente incrementando la mortalidad, principalmente de las personas más pobres y con menos recursos. Estos surgirían como contrapartida a la imposibilidad de las clases bajas para controlar la natalidad y otorgar efectividad a los controles preventivos. Los principales controles catastróficos serían las hambrunas, las guerras y las epidemias (Malthus, 1798).

Por ello, Malthus defendió que el crecimiento ilimitado era imposible, ya que, la sociedad viviría en un bucle de miseria en el que se superarían la propia capacidad de carga y recursos, y acto seguido la población comenzaría a diezmarse debido a los controles catastróficos y así, sucesivamente. Esto haría completamente imposible que cualquier

mejora en el bienestar material de la población pudiese perdurar en el tiempo, ya que, la propia población la neutralizaría con su crecimiento (Kerschner, 2003).

En resumen, Malthus tenía una visión extremadamente pesimista sobre la capacidad de la humanidad para establecerse en un estado estacionario, esta siempre fracasaría debido a la incapacidad de controlar el problema poblacional y la escasez de recursos.

4.3 DAVID RICARDO

David Ricardo (1772-1823) fue un economista y político inglés perteneciente a la escuela clásica que llegó a convertirse en uno de los teóricos más influyentes de su época. Siendo Adam Smith su principal predecesor en la escuela clásica, David Ricardo abogó por un análisis más deductivo basado en leyes abstractas y no tanto por los análisis empíricos. Es por ello, que dentro del contexto de escasez y crisis económica que le tocó vivir debido a las Guerras Napoleónicas, David Ricardo decidió centrar su obra en los límites del crecimiento y los efectos que tenían sobre la acumulación de capital y su distribución (Roncaglia, 2016). Para Ricardo (Ricardo, 1817), es la tasa de beneficio de la agricultura la que dicta la base del crecimiento de cualquier nación. Sin embargo, observó que la escasez de tierras y la falta de homogeneidad en cuanto a su calidad a la hora de poder cultivarlas implicarían un claro factor limitante del crecimiento (Kerschner, 2003). Cualquier aumento de la población terminaría por obligar al desplazamiento de la producción agrícola hacia tierras marginales de menor calidad, productividad y fertilidad (ley de los rendimientos decrecientes de la tierra). Este cultivo de tierras marginales forzaría a la utilización de una mayor cantidad de mano de trabajo para poder roturarla, traduciéndose en un claro aumento en el valor de los productos agrícolas. Por ende, los ingresos de los productores se reducirían mientras que los precios de los alimentos subirían. A continuación, los trabajadores necesitarían un aumento de sus salarios para hacer frente a la subida de los gastos, producida por el crecimiento del precio de los alimentos. Este aumento conjunto de los salarios y de los precios, no obstante, solo se mantendría hasta que igualase a la suma total de los ingresos del productor. En ese preciso instante, ningún tipo de capital podría obtener rendimiento y como no se puede demandar mayor cantidad de mano de obra trabajadora y, por ende, la sociedad habría alcanzado su punto álgido (Kerschner, 2003).

No obstante, David Ricardo recalcó en sus escritos (Ricardo, 1817), que antes de llegar a ese estado económico caracterizado por la inflación y los salarios bajos, la tasa de

beneficio sería tan baja que no habría ningún incentivo para la acumulación de capital. Para Ricardo, nadie tomaría la decisión de acumular si no fuera con perspectivas productivas y para que esto ocurriese debían de garantizarse unos beneficios adecuados por la inversión. Una vez se desvaneciese esa motivación por la acumulación productiva, Ricardo creía que la entrada de la economía en un estado estacionario sería irremediable (Kerschner, 2003).

Todo este proceso nos permite ver que para Ricardo, en verdad, es la interrelación existente entre los beneficios y el coste del nivel de subsistencia la que conduce a la disminución de la tasa de beneficios y no la acumulación de capital, como creía Adam Smith (Kerschner, 2003).

A pesar de que sentía cierto temor ante la posible llegada del estado estacionario, ya que, interrumpiría el proceso de acumulación de capital y significaría un duro golpe para el bienestar del conjunto de la población, en realidad, Ricardo mostró en todas sus anotaciones (Ricardo, 1817), que la aparición de un posible estado estacionario en la economía sólo sería importante en un futuro muy lejano y distante. Esto se debe a su férrea confianza en que el comercio exterior, como método para combatir los rendimientos decrecientes de la tierra, mantendría siempre el impulso económico y garantizaría una tasa de beneficios adecuada, permitiendo que la llegada del estado estacionario se extendiese durante mucho tiempo e incluso ilimitadamente. Habría que añadir que también defendía otro tipo de medidas para alargar el posible estancamiento de la economía como las reformas tecnológicas, con la intención de mejorar la productividad agrícola; o la rescisión de la mayoría de los impuestos y tasas aduaneras (Kerschner, 2003).

Finalmente, añadir que tanto Ricardo, como posteriormente Malthus, usaran el estado estacionario como un componente más de su análisis teórico y no como una posible visión de la realidad. Ellos lo consideraban en unos horizontes temporales tan extensos que no lo llegaban a considerar en el plano real. Es decir, planteaban el estado estacionario, pero no creían en la posibilidad real de su llegada. Sin embargo, la visión hipotética del estado estacionario de David Ricardo es considerada como optimista (Kerschner, 2003).

4.4 JOHN STUART MILL

John Stuart Mill (1806-1873) fue un economista, filósofo y político, considerado como el último representante del pensamiento clásico. Destaco por ser uno de los principales críticos del capitalismo, ya floreciente en su época. Otro aspecto importante de su pensamiento fue que abogo por la introducción no sólo de legislativas destinadas al aparato productivo sino también de reformas distributivas (Roncaglia, 2016).

Como Malthus, Mill tenía la creencia de que las mejoras en el ámbito tecnológico no perdurarían en el largo plazo debido al aumento de la población, lo que se traduciría en una rebaja de los niveles de vida (Mill, 1848). De esta manera, podemos comprobar que Mill abogaba por los controles de la población, especialmente de la natalidad (Kerschner, 2003). Stuart Mill pensaba que los aumentos del nivel de vida inducían a la población a tener más hijos, pero que control educacional y medidas para la natalidad podría remediarse. Esta idea es muy importante para comprender su visión optimista acerca del estado estacionario, ya que bajo sus premisas, solamente un estado con población constante puede cancelar la presión continuada sobre el nivel de salarios de la sociedad (Kerschner, 2003).

Para John Stuart Mill, en consonancia con el pensamiento de David Ricardo, el factor limitante del crecimiento es la tierra y no es algo preocupante hasta el muy largo plazo. Mill abordó con profundidad, al igual que David Ricardo, los límites al crecimiento, ya que, creía que eran básicos para entender el desarrollo de los problemas económicos y ecológicos (Trincado Aznar, 2007).

Cuando un país percibía tasas mínimas de rentabilidad, según Mill (Mill, 1848), se haría imposible realizar un aumento del capital adicional y el estado alcanzaría por completo la estacionalidad. Añade que para alcanzar el logro que supone la tasa mínima de rentabilidad, se necesita profundizar en ciertos determinantes como lo son la seguridad de inversión de dicho capital o la propensión de acumulación de este. Mill estaba convencido de que, aunque hubiese una tasa muy ínfima de rentabilidad, siempre quedaría un atisbo de motivación de los inversores para seguir utilizando el capital, aunque cada vez fuese más cambiante y deformado (Kerschner, 2003).

También asumió que aquellos países con mayor riqueza y nivel de vida se encontrarían más cercanos al estado estacionario que aquellos que se encontrasen en situación de pobreza, salvo que los primeros tuviesen en su poder reservas de tierras productivas aun

sin descubrir y cultivar (la tierra como factor limitante). En conclusión, el mérito de este estado estacionario se basa en la continua acumulación de capital y en conseguir la mayor cantidad de periodos alcistas sin crisis económicas. De todas formas, al igual que en el pensamiento de David Ricardo, Mill creía que, tanto el desarrollo como aplicación de la tecnología y el comercio exterior contribuirían al retraso del momento de llegada del estado estacionario (Kerschner, 2003).

Mill tenía la noción de que el momento del estado estacionario pondría el punto y final al crecimiento económico y el desarrollo, aunque ese momento podría ser más prolongado que en el resto de los economistas clásicos. Pese a todo, confiaba en que las generaciones del futuro llegasen a conformarse con vivir en una sociedad estacionaria antes de que esta fuese alcanzable. Él, con una concepción algo romántica, pensaba que una vez llegado el momento toda la población habría adquirido todas sus necesidades más esenciales y podría centrarse en otras cuestiones alejadas de la cansada, tirante y agitada vida comercial ligada a la consecución de los objetivos económicos capitalistas (Kerschner, 2003).

Mill creía en un estado estacionario completamente deseable. En una de sus reflexiones (Mill, 1848), caracterizó a la sociedad del futuro como alejada de grandes fortunas, libre de trabajos duros y pesados, con gran cantidad de tiempo libre (mental y físico) para, de esta manera, poder alimentar la gracia de la vida e ilustrar como ejemplo a las personas en situación temporal más desfavorecidas y conducir a la sociedad para su crecimiento moral. Añadió al final que ese estándar social era más deseable y atractivo al vivido en el presente y conforma una perfecta compatibilidad con el estado estacionario, al menos denota que es más natural a ese estado que a cualquier otro (Kerschner, 2003). Mill cuestionó que el estado social caracterizado por la competencia, los constantes codazos y pisoteos entre la población para poder conseguir los objetivos sociales, fuese el estado normal y óptimo de la sociedad o si en realidad eran los síntomas aciagos de las fases del desarrollo industrial. En definitiva, Mill creía que el mejor estado natural de la humanidad es aquel en el que no hay ninguna persona pobre no existe incentivo ni intención de ser más rico y lo más importante, nadie tiene el temor de ser aplastado por otro en el ímpetu por conseguir sus objetivos y prosperar (Kerschner, 2003).

Mill realizó una clara crítica de aspecto cultural al crecimiento en sí mismo. Por ello, creía que era más relevante centrarse en la distribución y el control poblacional.

Posteriormente, Mill sumó a su reflexión que carecía de sentido alguno incentivar y felicitar a aquellas personas ricas que decidiesen duplicar sus hábitos de consumo que no les producen casi ninguna mejora del nivel de vida. Sólo sería deseable un aumento de la producción y del consumo en aquellos países no desarrollados que necesitan salir de la pobreza en la que se encuentran. Es decir, el estado estacionario es resultado del crecimiento y acumulación de riquezas por parte de los países más ricos. Por el contrario, en los países más desarrollados sería más recomendable abogar por una más amplia y mejor distribución, así como la búsqueda de la restricción de la población (Kerschner, 2003).

Una de las críticas más extendidas y aceptadas hacia el estado estacionario sería la de que frena por completo el desarrollo técnico de la humanidad. Mill respondió a dicha crítica objetando que no eran incompatibles y que, en verdad, debería de ser estimulado dicho progreso. En sus propias palabras, un estado estacionario de riqueza y población no tiene por qué ser un estado estacionario de mejora humana (Mill, 1848). Sería, sin duda, un escenario propicio para seguir incentivando y mejorando el desarrollo intelectual, la cultura y las relaciones sociales, siendo el caldo de cultivo para un excelente arte a la hora de vivir, sobre todo gracias a la liberación de la mente de la lógica del subir para mejorar. En adición, Mill auguraba un auge de las artes industriales, con el único precepto de que no fueran siervas de ningún propósito más que el de disminuir el tiempo de trabajo de la población (Kerschner, 2003).

Esta concepción de John Stuart Mill del estado estacionario es calificada en gran medida de utópica e incompatible con las actuales democracias capitalistas. Se le tachaba de ingenuo al creer que el capitalismo iba a ser algo transitorio y que, impulsado por su propia lógica social, se transformaría por sí solo. En consecuencia, es normal que Mill creyese que debía de ocurrir un cambio social que instigase a la creación de un nuevo orden social. La gran diferencia con los otros clásicos, como Malthus, es que Mill sí que creía en la capacidad de la sociedad para cambiar y transformarse, siendo las instituciones primordiales a la hora de realizar dicho cambio social (Kerschner, 2003).

En conclusión, John Stuart Mill nos aporta una de las visiones más deseables y optimistas sobre la llegada del estado estacionario. Fue tan importante su visión normativa y práctica del mismo como fin del crecimiento que ha sido y sigue siendo, para muchos autores

contemporáneos, el autor a seguir a la hora de afrontar los problemas del crecimiento y sostenibilidad que nos azotan actualmente.

5. ¿CÓMO VEN Y UTILIZAN LOS DECRECENTISTAS EL CONCEPTO DE ESTADO ESTACIONARIO PROPUESTO POR LOS CLÁSICOS?

Tras repasar detenidamente la visión de los diferentes economistas clásicos acerca de los límites del crecimiento y la economía del estado estacionario debemos realizar un análisis sobre la visión que tienen los principales economistas decrecentistas y ecológicos sobre la teoría del estado estacionario de los clásicos y cómo a partir de ella, elaboran sus soluciones al problema de la crisis ecológica.

Como ya vimos previamente, el proceso de decrecimiento se puede concebir de dos formas distintas, catastrófica o normativa. Es en esta última, donde el estado estacionario se erige como la principal solución para que se produzca un decrecimiento económico consciente y favorable para toda la población, evitando así las consecuencias fatales de una transición catastrófica. Por ello, el estado estacionario será el principal objeto de estudio por los principales economistas decrecentistas de las últimas décadas.

5.1 HERMAN DALY

Herman Daly (1938-actualidad), es un renombrado economista norteamericano de mediados del S.XX y uno de los principales miembros de la escuela económica ecológica que comparte en gran medida la visión del estado estacionario de John Stuart Mill, es decir, un estado estacionario deseable e inevitable, pero a la vez, de carácter normativo. Daly abogó, a lo largo de toda su obra (Daly, 1977), por la necesidad de que la población se acercara hacia una economía del estado estacionario antes de la obligada llegada del decrecimiento. Daly creía que podía existir un estado óptimo de la economía humana, al que bautizó como el estado estacionario de equilibrio dinámico (Kerschner, 2008). Dicho estado mostraría una economía que contendría una reserva constante de recursos y personas y que ni crece ni se contrae. Para la preparación antes de la entrada en el estado estacionario, Daly mostró la necesidad de la creación de un marco político idóneo y de carácter simple para alcanzar el propósito de manera ordenada y preferible, al igual que John Stuart Mill (Carpintero & Martínez Alier, 2006). Creía en la necesidad de controlar tres dimensiones para mantener la ansiada estabilidad. En primer lugar, se antojaría

completamente indispensable realizar un control de la población para conseguir su estabilización. En segundo lugar, aparecerían las cuotas de recolección, administradas y subastadas por el gobierno con la intención de disminuir y apaciguar los consumos de materias y energías. En último lugar, crear un sistema que garantice una justicia social. Para la causa, se pondría en marcha una serie de mecanismos políticos que garantizaran rentas adecuadas a la población mediante la imposición de límites mínimos y máximos a las rentas (Daly, 1977).

Este tipo de planteamientos siempre han sido tildados de utópicos e irreales, tanto las aportaciones y la visión de Mill como la de sus seguidores, como Daly. Para este tipo de autores el aspecto más importante es el cuestionamiento de la capacidad del sistema capitalista para evolucionar y aceptar el decrecimiento (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

Daly, por otra parte, toma también referencias de Thomas Malthus, como el control de la población y la presión sobre los recursos; y también de otros clásicos para completar su visión del estado estacionario. Por ello, se consideraba un claro representante de la propia tradición clásica, sobre todo, con lo que respecta al crecimiento a largo plazo y el estado estacionario (Kerschner, 2003). No obstante, las principales aportaciones a su teoría fueron de Mill y Malthus. Es importante añadir que tanto Mill como Daly un siglo más tarde, llegaron a la conclusión de que tratar de conseguir una transición voluntaria y ordenada hacia el inevitable fin del crecimiento sería completamente satisfactorio y permitiría una transición no catastrófica mucho más beneficiosa para la humanidad, en la que todos podrían contar con unas ciertas y adecuadas condiciones de vida. Sin embargo, sería completamente necesario un crecimiento moral para poder alcanzarlo (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

Como podemos observar, Daly se apoyó en la mayoría de las intuiciones que había teorizado John Stuart Mill sobre el estado estacionario. En la concepción de Daly del estado estacionario se conceptualizan cuatro rasgos que deben de ser superados para lograr el ansiado decrecimiento económico: a) La población debe de mantenerse constante, b) El stock de capital físico obligatoriamente tiene que permanecer constante, c) Ambas premisas anteriores son suficientes para alcanzar una vida completamente deseable para toda la población, y d) La tasa de gasto de energía y recursos naturales debe de disminuir al valor ínfimo posible (Daly, 1977). Para la consecución de los límites

poblacionales, Daly estableció que se lograría mediante la igualación de la tasa de natalidad con la tasa de mortalidad, siempre en niveles bajos. En el caso del stock de capital, se alcanzaría el objetivo haciendo que su producción fuese igual a la depreciación del capital, siempre en niveles bajos. Gracias al cumplimiento de estas dos premisas, Daly pensaba que se reduciría en amplias cantidades la utilización de recursos y los niveles de contaminación (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

Por otro lado, Herman Daly realizó una interesante crítica del crecimiento, definiéndola como una falsa lógica de solución a los problemas ecológicos y económicos. Según Daly, bajo una mirada económica, sólo contamos con dos maneras de satisfacer el conjunto de nuestras necesidades: con un aumento de la producción de bienes materiales o mediante la redistribución de los recursos de una manera más equitativa e igual. El problema viene en que en las últimas décadas sólo hemos utilizado la primera idea, llegando a chocar con los propios límites físicos del crecimiento. Por ello, Daly profundizó en la búsqueda de lo suficiente para todos y no lo máximo (aspecto altamente relacionado con el concepto de nivel de subsistencia de los autores clásicos). Este último aspecto es el que nos permite enlazar con los dos últimos postulados o instituciones propuestas por Daly para conseguir el estado estacionario: controlar la población mediante la distribución entre los habitantes de licencias de nacimientos, y el mantenimiento del stock de capital físico mediante un sistema de cuotas de agotamiento (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

Por último, cabe destacar que Daly argumentó, con la intención de dar mayor sostenibilidad a su visión positiva del estado estacionario a la hora de concebir el decrecimiento, que el propio hombre había vivido el noventa y nueve por ciento de su existencia en una situación muy próxima al estado estacionario. Es decir, el crecimiento económico es una lógica muy tardía en nuestra evolución y solo durante estos últimos 50 años se ha convertido en un fundamento en nuestras sociedades. El desarrollo para Daly, al igual que lo que pensaba John Stuart Mill, es compatible con un estado estacionario normativo e incluso es más viable que en una sociedad basada en el crecimiento (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

En resumen, podemos observar que en Daly existe una defensa clara de una visión normativa y positiva del estado estacionario, ampliamente influenciada por los economistas clásicos (especialmente de Mill). Sin duda, la visión de Daly implica un claro

cambio en la estructura y orden social con la intención de evitar la vía catastrofista de los límites ecológicos.

5.2 EL CLUB DE ROMA

Por otro lado, encontramos al Club de Roma, una institución no gubernamental formada en el año 1968 por una serie de políticos y científicos, cuya finalidad era encontrar respuesta a los problemas de la sociedad en el futuro a largo plazo mediante un claro análisis a todos los niveles y disciplinas. Como base utilizaron el conocido informe acerca de los límites del crecimiento (Meadows & Randers, 1972). En dicho informe se llegó a la conclusión de que, si se mantenía el nivel de industrialización, el incremento de la población, los niveles de contaminación y extracción de recursos y la producción de alimentos; la Tierra alcanzaría sus límites de crecimiento en un periodo cercano a los 100 años desde la fecha de su publicación. El fundamento claro que desvela el texto es que partiendo de que habitamos un planeta limitado, los patrones que utilizamos para crecer son completamente insostenibles, es decir, es el propio planeta el que nos impone los límites al crecimiento mediante los recursos o renovables, la reducción de las tierras cultivables y la merma de la capacidad ecológica para absorber la contaminación, medida mediante indicadores como la huella ecológica. El programa informático que desarrollo dicho informe llego a la conclusión de que, tras numerosas pruebas y simulaciones, sino se revertía la situación y sus prácticas, la población llegaría a un panorama extremo de extralimitación en el uso de recursos de carácter natural que desembocaría en un colapso y declive en la producción a nivel agrícola e industrial que acabaría con una reducción de la población a causa de la falta de recursos y el hambre (Meadows & Randers, 1972).

Por todo ello, los autores y científicos del Club de Roma, así como los elaboradores del informe sobre los límites al crecimiento abogaron y propusieron el estado estacionario como principal solución al crecimiento poblacional y económico, garantizando de esta manera que los recursos naturales puedan perdurar en el largo plazo. Propusieron e impulsaron un sistema de equilibrio social y económico en el que todas las necesidades básicas de la población se cumplimentaran. Es decir, en el ambiente del club de Roma el estado estacionario era visto como la solución para conseguir el crecimiento cero y la tan ansiada sostenibilidad ecológica antes de que, como vimos anteriormente, se llegara a un contexto catastrófico de hambre y falta de recursos (Ceña Delgado, 1977).

Esta necesidad de crear un aparato normativo adecuado para constituir un estado estacionario nos lleva directamente a la visión clásica de John Stuart Mill, del que estarán ampliamente influenciados al igual que lo estuvo Herman Daly.

No obstante, en el Club de Roma tomaron un gran impulso y auge las ideas maltusianas sobre el control de la población, a la hora de poder establecer un estado estacionario. Catalogaron el problema de la sobrepoblación como prioritario y básico para poder alcanzar el cambio, superando los problemas ecológicos y la escasez de recursos y energía. Como ya vimos, Malthus creía que el aumento de la población se desarrollaba a razón de progresión geométrica, mientras que el aumento de los recursos y alimentos lo hacía a razón de progresión aritmética. Por ello, el mayor aumento de la población presionaría a los recursos y aparecería la miseria y las hambrunas. Para volver de nuevo al equilibrio, surgirían todo tipo de controles naturales represivos como las guerras o las epidemias, llegando incluso a amenazar la extinción de la humanidad (Malthus, 1798). Sin embargo, esta nueva corriente maltusiana surgida en los siglos XIX y XX, bautizada como el neomaltusianismo, tenía la peculiaridad de que afrontaba el problema de la sobrepoblación desde la visión de la pérdida de calidad de vida por parte de los sectores de la población más pobres, y no como un exceso de sobrepoblación subsidiada que afecta negativamente al orden social del estado y sus élites (Jiménez, 2010). El problema radica, para el Neomaltusianismo, en la gran cantidad de familias numerosas y la reproducción ilimitada existente en los estamentos más bajos de la sociedad y que les termina condenando a la miseria. Para su solución, instaban a un nuevo cambio social en el que se tomara consciencia, tanto colectivamente como individualmente, de la necesidad de una natalidad limitada y voluntaria entre el proletariado, así como de una separación entre sexualidad y reproducción. Además, se proclamaba la defensa activa de la difusión mundial de los métodos anticonceptivos, la planificación familiar, la maternidad libre y la liberación femenina, contrastando con la idea clásica maltusiana sobre la represión como control preventivo del aumento de la población (Masjuan i Bracons, 2002). Se trata, sin duda, de una visión revolucionaria del sistema social iniciada por el proletariado (recordando de nuevo a esa necesidad de un cambio en el orden social ya propuesto por la visión normativa del estado estacionario de John Stuart Mill).

Hay que añadir que en el contexto del Club de Roma se sentía cierto temor hacia el espectacular incremento de la población en los países de régimen comunista como China o la antigua URSS. Esto acrecentó sin duda a que la teoría neomaltusiana tuviera mayor

seguimiento. Esta concepción se encuentra a su vez muy relacionada también con el ecologismo y el decrecimiento, ya que, se achaca a la sobrepoblación muchos de los problemas medio ambientales y de deforestación que ocurren a día de hoy y que azotan la posibilidad de un futuro estable (Jiménez, 2010). Observamos, que aunque Malthus era un autor pesimista en lo que se refiere al crecimiento a largo plazo y el estado estacionario, en el contexto de los límites del crecimiento y el decrecentismo del Club de Roma se tomaron sus leyes y principios (Malthus, 1798) como base para buscar un cambio que nos permitiese superar las crisis de recursos y mantener los límites ecológicos.

En conclusión, podemos observar que en la visión de Club de Roma aparece una concepción positiva y deseable del estado estacionario como solución, en un contexto decrecentista, a los problemas ecológicos y evitar de esta manera las consecuencias catastróficas del rebasamiento de los límites sostenibles.

5.3 SERGE LATOUCHE

Serge Latouche (1940-actualidad), economista e ideólogo francés, es el principal exponente de la corriente económica decrecentista de finales de siglo XX y principios del XXI. Al igual que los otros ejemplos decrecentistas propuestos, Latouche realiza una fiera crítica al crecimiento capitalista como fuente de desarrollo y progreso, abogando que el crecimiento infinito es completamente inviable en un planeta finito como el nuestro (Latouche, 2008). Para él, el crecimiento y el auge del consumismo están basados y nutridos por la extracción indiscriminada y voraz de recursos naturales y energías no renovables, además de en una tasa de explotación de recursos renovables que supera con creces la capacidad de reposición de la biosfera (Latouche, 2008). Por otro lado, señala que el sistema económico basado en el crecimiento por el crecimiento conlleva a una radical adicción a un consumismo que poco tiene que ver con la satisfacción de nuestras necesidades verdaderamente reales. La solución consiste en dejar de crecer para que toda la humanidad pueda llegar a sobrevivir, aparcando la creencia del siempre más como razón de ser e ir hacia una creencia acrecentista (Latouche & Casas, 2009).

Un aspecto importante de su pensamiento es su cercanía a los paradigmas centrales de la obra de Thomas Malthus. Latouche, cree al igual que los seguidores maltusianos, que la población crece de manera exponencial y en mayor medida que los recursos naturales y, por ello, piensa que en cuanto las existencias naturales se acaben, todo el sistema colapsara con consecuencias catastróficas. Por ello, Latouche admite que existe una crisis

de sobrepoblación, especialmente en los países menos desarrollados, que perjudica en gran medida las condiciones de vida de las personas, defendiendo un control sobre la natalidad en los países con menos recursos (Donato, 2009).

No obstante, la gran diferencia de Latouche respecto al resto de decrecentistas, que marcará su visión sobre los clásicos y la posibilidad de un estado estacionario, se encuentra en su concepción del proceso de decrecimiento. Para Latouche, el decrecimiento llegará impuesto por la superación de los límites al crecimiento, es decir, no se trata de una alternativa o una solución, sino de una imposición (Donato, 2009). Podemos esclarecer, que se trata de una visión completamente catastrofista sobre la concepción del decrecimiento. Para Latouche (Donato, 2009), al contrario que Daly o el Club de Roma, la sociedad no tendrá capacidad para cambiar el curso de las cosas y evitar los límites ecológicos y del crecimiento, siendo la llegada de alguna catástrofe natural que afecte a la población y a la actividad económica, la que actúe como detonante del decrecimiento. No obstante, sí que cree en la necesidad de intentar un cambio que permita la adaptabilidad social al decrecimiento y siente las bases del nuevo paradigma decrecentista. Por lo tanto, Latouche concibe el proceso de decrecimiento como resultado de la propia dinámica objetiva del sistema económico.

Por esta razón, Latouche no cree en esa visión normativa y voluntarista de crecimiento cero o estado estacionario que proponen Herman Daly o el Club de Roma, basándose en John Stuart Mill (Donato, 2009). No cree en un cambio de orden social realizado de manera regulada, sino en un cambio de paradigma social producido por la llegada obligada del decrecimiento a causa de alguna catástrofe. Para Latouche (Donato, 2009), aunque existan ciertos paralelismos entre el planteamiento del decrecimiento y el estado estacionario de Mill, así como con la idea del crecimiento cero promulgada por el Club de Roma; estas dos últimas, se diferencian del decrecimiento porque plantean un decrecimiento voluntario y forzoso dentro del mismo sistema y no aparecen como una corriente civilizatoria alternativa surgida por los límites del crecimiento, como es el decrecimiento. Latouche quiere marcar distancia entre su planteamiento y el estado estacionario, ya que, desde su punto de vista el estado estacionario no cuestiona el cambio de la lógica economicista ni del modelo de vida (Donato, 2009). En definitiva, para Latouche existe una clara incompatibilidad entrópica para la consecución del estado estacionario dentro del proceso de decrecimiento (Kerschner, 2008).

En conclusión, observamos que en el caso de Latouche, resaltan las ideas maltusianas a la hora de entender el crecimiento a largo plazo, siendo el proceso de decrecimiento concebido desde una perspectiva pesimista y catastrófica, imposibilitando la idea del estado estacionario como una solución a los problemas ecológicos y del crecimiento.

5.4 NICHOLAS GEORGERESCU-ROEGEN

Georgescu-Roegen (1906-1994) fue un matemático y economista húngaro que es considerado como el padre de la economía ecológica moderna siglo XX. Su obra (Georgescu-Roegen, 1971), centrada en la introducción de los procesos termodinámicos y la entropía dentro del sistema económico, representa la principal fuente teórica de los autores decrecentistas y ecológicos. Por ello, se alza como la principal figura pionera que investigó y profundizó en las relaciones entre la economía, la termodinámica y la biología, con el propósito de indagar en la sustentación ambiental del proceso económico, ya que para él, no se podía entender el proceso económico de manera aislada a las leyes por las que se rige la naturaleza (Urteaga, 1985). En adición, se trata de una de las principales personalidades que más estudio el aspecto de la viabilidad del sistema económico con respecto a los límites ambientales, además de ser uno de los mayores críticos de la economía convencional neoclásica y su defensa del crecimiento económico como motor del progreso (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

Su conclusión, tras la utilización de un análisis transdisciplinar y fronterizo de todos los canales y procesos que permiten el proceso económico fue, que el crecimiento económico no sólo no configuraba la solución a los problemas económicos, sino que además es el causante de todos los males ecológicos y ambientales. Aclaró en (Georgescu-Roegen, 1977), que era totalmente imposible un crecimiento ilimitado en un medio ambiente que es limitado.

No obstante, Georgescu-Roegen planteó un concepto de escasez, muy diferente al propuesto por los autores clásicos, que es indispensable para entender la inviabilidad del crecimiento. Basándose en la segunda ley de la termodinámica o ley de la entropía, entendiéndola por esta la degradación de la energía (su transformación de útil a no útil), Georgescu-Roegen denominó el proceso económico, un proceso de alto nivel entrópico. Es decir, utiliza una gran cantidad de recursos y energía de baja entropía que convierte en residuos de alta entropía. En otras palabras, el valor económico del sistema radica en las leyes de la termodinámica. El problema fulgurante está en que cuanto más entrópico es

el proceso, mayor es la dificultad de encontrar energía útil y disponible para continuar con el proceso. Esta nueva definición objetiva de la escasez, al contrario que la convencional de medios limitados que satisfacen unas necesidades ilimitadas, fue crucialmente novedosa y resultó la principal prueba de la existencia de unos límites ambientales que ponían en jaque al paradigma del crecimiento como fuente de desarrollo (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

Tras todo este análisis, Georgescu-Roegen llegó a la conclusión de que la principal solución era la reducción de la población hasta que esta pudiera alimentarse mediante la agricultura orgánica ecológica, ya que, es la única forma de producción que se sustenta completamente por la energía y el flujo solar infinito. De esta manera, volvemos a remarcar las influencias de Malthus dentro de las obras de los economistas decrecentistas. Para Georgescu-Roegen el factor limitante no es la energía sino la escasez de recursos naturales y para poder paliarla era necesaria una clara reducción del gasto material y energético. Es a partir de esto último, de dónde nace la visión pesimista de Georgescu-Roegen y otros decrecentistas, como Latouche, sobre la capacidad del estado estacionario para ser la solución al problema ecológico (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

Georgescu-Roegen realizó una clara crítica al Club de Roma y a su creencia de que, si el crecimiento ilimitado no es posible, la solución fuera conseguir llegar al estado estacionario para acercarnos a la sostenibilidad ecológica, en otras palabras, alcanzar un estado donde el stock de capital y la población sean invariables en el tiempo. Para él, el principal error de los elaboradores de los informes sobre los límites del crecimiento radica en su perseverancia en centrar el objetivo en el crecimiento exponencial, como ya había hecho Malthus en sus escritos (Carpintero & Martínez Alier, 2006). La teoría Malthusiana contiene el error implícito de creer que el crecimiento de la población es ilimitado, siempre y cuando, no lo haga rápidamente y presione sobre la totalidad de los recursos. Es decir, al partir de la intención de testar la propia imposibilidad que acarrea el crecimiento, cometieron el error de aceptar que cómo en un mundo finito el crecimiento exponencial de la población produce todo tipo de penurias, la solución se encuentra en llegar al estado estacionario. Georgescu-Roegen (Georgescu-Roegen, 1977), tras seguir un claro análisis analítico, denominó la anterior creencia como el “mito de la salvación ecológica”, incluyendo las principales deficiencias que lo hacían inviable (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

Sostuvo que la necesidad y consumo de recursos en un planeta claramente finito no solamente repercute con una población en aumento, sino que también influye de manera crucial en una sociedad constante y con un crecimiento cero (Georgescu-Roegen, 1977). Esto ocurre debido a que aunque la población no aumente, sigue siendo totalmente dependiente de los recursos para cubrir todas sus necesidades y por ello, los sigue explotando y consumiendo, y cómo las leyes de la termodinámica, sobre todo la cuarta ley de la entropía sobre los residuos, se siguen aplicando implacablemente, haciendo la gestión de residuos objetivamente inviable en el largo plazo (Carpintero & Martínez Alier, 2006). Por ello, la disipación material que surge en los procesos productivos muestra la gran dificultad del cumplimiento de la primera de las características del estado estacionario: el mantenimiento del stock de capital. Para el economista húngaro, los únicos materiales que la propia sociedad puede reciclar son aquellos que se encuentran incluidos en la basura pero que pueden aprovecharse tal y como aparecen en dicho momento (por ejemplo: papel, cartón, vidrio o diferentes tipos de maderas). Para más inri, la mayor parte de dichos recursos vitales proceden de la quema de combustibles fósiles o minerales, no renovables. Una sociedad constante terminará, antes o después, contrarrestando de alguna forma ese progresivo recorte en los recursos más fáciles de conseguir en dimensiones de calidad y cantidad, haciendo que sea necesario una mejora de la tecnología y un aumento del stock de capital. Sin embargo, bajo su punto de vista, esto iría completamente en contra las bases teóricas fundamentales del estado estacionario clásico. Por ello, Georgescu-Roegen, como un autor pesimista sobre dicha consecución del estado estacionario, llegó a afirmar que cualquier población cuya finalidad no fuera la de la aniquilación de todos sus integrantes, nunca podría optar a perdurar en el tiempo (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

Sin duda estas críticas iban completamente en contra del que fuera su principal discípulo y uno de los economistas con una visión más parecida, Herman Daly. Como vimos anteriormente, Daly utilizó como principal fuente a John Stuart Mill para la elaboración de su concepción del estado estacionario. Esta era deseable y positiva basada en el adelanto humano con capital estacionario. Un perfecto caldo de cultivo para desarrollar la cultura del entendimiento y el progreso de carácter moral que se antoja tan vital para esa visión tan normativa y basada en la creación de un fuerte aparato institucional. Daly era un gran crítico del crecimiento, como solución de los problemas sociales (paro, pobreza, inflación...) sobre todo, porque incumple totalmente los límites físicos del

crecimiento y nos condena a la catástrofe. Por ello, al igual que Mill, Daly era un gran defensor del desarrollo pero sin crecimiento (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

Es por tanto obvio, que Daly y Georgescu-Roegen discrepaban en dicho asunto del estado estacionario. Este último declaró que la visión y teoría de Mill, de que en el estado estacionario no existiría el trabajo adicional para acumular capital y que sin duda esto liberaría a los trabajadores para poder realizar otro tipo de tareas de corte intelectual y de búsqueda de las mejoras en las relaciones sociales, es completamente errónea. El autor húngaro aportó ejemplos históricos, como las sociedades de la Edad Media, en los que se había llegado a sociedades casi estacionarias en las que tanto la ciencia como las artes estaban completamente paralizadas y estancadas. En adicción, aunque haya un estado estacionario, cualquier trabajador puede estar dedicando todo el día al trabajo. Según su visión, el principal punto débil de la teoría del estado estacionario de Mill, y por supuesto de Daly, es pasar por alto que el tiempo libre necesario para alcanzar un progreso intelectual y social es completamente dependiente de la presión de la población sobre los recursos (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

Por todo ello, junto con el previo análisis poblacional, Georgescu-Roegen concluyó que el estado más óptimo para la salvación ecológica sería un estado completamente declinante y no un estado estacionario (Carpintero & Martínez Alier, 2006).

La sinopsis completa del pensamiento de Georgescu-Roegen acerca de la concepción del proceso de decrecimiento y el estado estacionario es altamente pesimista. Para el autor es completamente necesaria una reducción del tamaño poblacional para concebir el decrecimiento y, sin duda, esta vendrá por motivos catastróficos inducidos por la propia dinámica del sistema. El estado estacionario no plantea una solución válida a los problemas ecológicos y los límites al crecimiento, dejando como única alternativa la reducción de la actividad económica y el consumo de recursos por la vía inconsciente del choque contra las leyes y límites naturales.

6. CONCLUSIONES

A lo largo del trabajo, nos hemos centrado en los pilares básicos del proceso de decrecimiento y en cómo puede ser concebido en respuesta a la crisis ecológica que nos azota actualmente. Tras observar las principales características nombradas por algunos de los principales autores y divulgadores decrecentistas (Latouche & Casas, 2009; Taibo, 2019), se planteó si existía algún tipo de relación entre las contemporáneas ideas de los autores ecologistas, decrecentistas y críticos del crecimiento ilimitado con las ideas que apuntaron los autores clásicos a cerca del crecimiento ilimitado de las naciones en un sistema capitalista. De ahí surge la búsqueda del concepto de estado estacionario y su posible implicación en el proceso de decrecimiento como forma de respuesta a la crisis ecológica actual.

Por ello, se ha realizado un análisis sobre las perspectivas del estado estacionario clásico basándonos en las ideas de los principales autores de la escuela clásica, a saber Adam Smith (Smith, 1776), Thomas Malthus (Malthus, 1798), David Ricardo (Ricardo, 1817) y John Stuart Mill (Mill, 1848). En general, podemos concluir que tanto Smith, Ricardo y Mill tenían una visión relativamente positiva a cerca del estado estacionario como punto final del proceso de crecimiento. Mientras que Smith y Ricardo tenían una visión aburrida y apática de la llegada a un estado estacionario, Mill creía que la llegada de estado estacionario era algo deseable y mediante una visión normativa, una clara y apacible forma de vivir en estabilidad. Por otra parte, resulta muy importante señalar la visión de dos formas de crecimiento señaladas por Adam Smith y sus diferentes características (natural y antinatural) y cómo estos arquetipos de modelo de crecimiento se pueden estar viendo reflejados en la actualidad, debido al actual auge de China como potencia mundial. Otro aspecto importante a recordar de la teoría de Smith es la noción de que el estado estacionario llega por el exceso de concentración de capital en las diferentes ramas productivas y por la propia competencia que induce dicha acumulación entre sus poseedores, es decir, que cuanto más riqueza posea un país menor será la tasa de beneficios y los incentivos de sus tenedores para ponerlo en circulación. Por el contrario, en la perspectiva de David Ricardo el estancamiento llega por la ley de los rendimientos decrecientes de la tierra y la subida de esta manera de los precios y salarios que hacen que las tasas de beneficio terminen por disminuir y conduzcan a la población hacia un estado estacionario. De esta manera, es en la obra de David Ricardo dónde encontramos las primeras nociones de los límites al crecimiento y el porqué de la caída del beneficio, en

este caso, siendo para Ricardo la escasez de tierras fértiles y cultivables la que produce dicho efecto. En adición, observamos en Ricardo una noción del comercio y la tecnología como formas para retrasar la llegada del estado estacionario. A continuación, John Stuart Mill muestra claros signos de cuestionamiento hacia el crecimiento ilimitado y el progreso. Aceptó, al igual que Ricardo, la existencia de un factor limitante en la tierra y además abogó por un control de la natalidad, ya que, no creía que los cambios tecnológicos y el comercio pudieran paliar la reducción de los estándares de vida producida por culpa del aumento de la población. El aspecto más importante que posee la concepción de Mill es su visión romántica del estado estacionario, dejando claro que la población sería capaz, mediante la imposición de ciertas instituciones, de establecerse en un estado estacionario apacible, sostenido y estable. Esto contrasta altamente con esa visión anti reguladora y anti normativa característica de la obra de Smith o Malthus. Por último, se encuentra la concepción catastrófica y pesimista de Thomas Malthus. Malthus creía que era imposible que una sociedad se estableciese en un estado estacionario y tampoco que el crecimiento ilimitado fuese posible. Siempre se fracasaría en el intento por lograr alcanzarlo debido a la no aplicación de los controles preventivos de la población que condenaría a la sociedad a un bucle de miseria y pobreza.

A partir de estas concepciones, ya sean positivas o negativas, de los autores clásicos a cerca de la consecución del estado estacionario, nos adentramos en las obras de los principales teóricos ecológicos y decrecentistas contemporáneos (Daly, Latouche, El Club de Roma y Georgerescu-Roegen), con la intención de conocer su concepción a cerca del proceso de decrecimiento y observar si el estado estacionario clásico se erige entre sus visiones como un concepto relevante a tener en cuenta. Si nos referimos a Herman Daly, llegamos a la conclusión de que su obra contiene grandes rasgos y características de la concepción normativa y positiva del estado estacionario de John Stuart Mill. Daly creía en un cambio social que llevara a la población a un estado estacionario deseable y sostenible con el medio ambiente. Es decir, Daly pensaba ciegamente en la necesidad de alcanzar un estado estacionario para llevar a cabo el proceso decrecentista y centró sus energías en la creación de marco teórico, muy parecido al propuesto por John Stuart Mill y centrado en el control de la natalidad, para poder alcanzar una transición ordenada, optimista y no catastrófica. En segundo lugar, en el seno del Club de Roma volvemos a dilucidar la incapacidad del crecimiento ilimitado y la necesidad de romper con dicha lógica. En el Club de Roma, observamos un cierto hincapié en las ideas malthusianas

como respuesta al control poblacional, asignatura tan importante entre los teóricos decrecentistas a la hora de otorgar viabilidad al proceso de decrecimiento. A pesar de que El Club de Roma estuviera influenciado por las ideas malthusianas, en realidad era partidario de la consecución de un estado estacionario que permitiese romper la dinámica del crecimiento y alcanzar la estabilidad medio ambiental. En adición, utilizaron las nociones, al igual que Herman Daly, del estado estacionario de John Stuart Mill. Es decir, tenían una concepción normativa del proceso de decrecimiento y creían también en un cambio consciente de orden social. En conclusión, tanto Herman Daly como El Club de Roma compartían una visión altamente positiva y normativa sobre la consecución del estado estacionario de raíces clásicas y creían en su viabilidad como solución para llevar a cabo un proceso de decrecimiento. Sin embargo, tenemos por otro lado al teórico decrecentista Serge Latouche, cuya opinión y pensamiento a cerca del proceso de decrecimiento difiere en gran medida de los autores nombrados anteriormente. Latouche nos ofrece una concepción mucho más pesimista y catastrofista, ya que, bajo su opinión, será la propia lógica del sistema la que nos lleve hacia el decrecimiento, y no así un cambio iniciado voluntariamente por la población. Latouche defiende que el proceso de decrecimiento es algo que llegará propiamente impuesto por el sistema, a través de la llegada de alguna catástrofe que azote a la población y límite la actividad económica. Bajo este planteamiento, se pueden observar claras reminiscencias de la obra clásica de Thomas Malthus basada en la inviabilidad de establecerse en un estado estacionario debido a la incapacidad para controlar a la población. Sin duda, en Latouche encontramos una visión muy alejada de un estado estacionario como forma para concebir el proceso de decrecimiento, lo cual contrasta con los pensamientos anteriores. Por último, nos encontramos con Nicolás Georgescu-Roegen, el economista ecológico más importante del S.XX y que fue la mayor influencia para los teóricos decrecentistas y ecológicos modernos. En su obra encontramos una perspectiva de la economía muy diferente a la del resto de autores. Al introducir las leyes de la entropía dentro del sistema económico, sentó las principales bases para la creencia en que el crecimiento ilimitado era completamente imposible y que la no superación de los límites ecológicos sólo era posible si se ponía en marcha un proceso de decrecimiento. Para él, el sistema económico que nos rodeaba era completamente incompatible con el mantenimiento de recursos y energía, ya que, no tenía en cuenta ninguna de las leyes de la naturaleza, imposibilitando categóricamente la sostenibilidad del sistema. Georgescu-Roegen era, al igual que Latouche, pesimista en cuanto al proceso de decrecimiento se refiere. No creía en que la población pudiese

responder voluntariamente al problema ecológico y sólo creía en una población idónea si esta se alimentase mediante agricultura completamente orgánica. Es decir, bajo su opinión llegaría una catástrofe que diezmaría la población hasta que pudiera sobrevivir de manera completamente sostenible. Por lo tanto, volvemos a ver una concepción del proceso de decrecimiento que viene dada por la propia lógica del sistema, la población alcanza los límites ecológicos y es obligada a decrecer tanto en actividad como en tamaño, aunque, bajo su punto de vista, no es solo necesario que la población crezca menos que los recursos, sino directamente que se reduzca hasta un nivel sostenido con el medio ambiente y el ecosistema. Por ello, Georgescu-Roegen nunca fue partidario de un estado estacionario como fórmula ideal para poder concebir el proceso de decrecimiento, ya que, no era viable objetivamente al no subsanar el problema entrópico y la escasez de recursos y energía. El problema solo era subsanable mediante un sistema decreciente pero no estacionario.

En conclusión, observamos la existencia de dos ramas claras entre los economistas decrecentistas acerca de la concepción del proceso de decrecimiento, las cuales nos permiten conocer si el estado estacionario puede representar una solución válida. En primer lugar, se encuentra una concepción normativa y positiva del proceso de decrecimiento que sueña con controlar y regular el mismo mediante la implantación de un estado estacionario, altamente influenciado por la visión clásica de John Stuart Mill. Dicho estado estacionario implicaría un cambio en el orden social que permitirá superar los problemas del crecimiento y la crisis ecológica. En segundo lugar, aparece una visión catastrófica y negativa del proceso de decrecimiento que aboga por la incapacidad del sistema y la población para regular y superar voluntariamente los problemas ecológicos. Bajo esta corriente el proceso de decrecimiento estará marcado por la reducción de la población y la actividad económica, debido a un suceso catastrófico derivado de la superación de los límites ecológicos, es decir, es la propia dinámica objetiva la que actúa como detonante del proceso de decrecimiento. En esta tesitura el estado estacionario no supone una solución válida, ya que, contiene una serie de insuficiencias intrínsecas que lo incapacitan para responder ante la crisis ecológica y poblacional.

En definitiva, el estado estacionario puede adoptar la forma de solución para aquellos autores decrecentistas, como Daly o los economistas del Club de Roma, que creían en la capacidad de adaptación de la población para evitar preventivamente las consecuencias de la superación de los límites ecológicos y las posteriores catástrofes, de manera que no

sea la propia dinámica objetiva la que comience el decrecimiento. Sin embargo, existe una reflexión abierta de si el concepto de estado estacionario normativo de raíces clásicas podría, incluso en aquellas perspectivas más contrarias y pesimistas a cerca del proceso de decrecimiento como algo voluntario, servir como caldo de cultivo idóneo para conseguir un cambio en el paradigma social en contra del crecimiento ilimitado y la dinámica ecológica destructiva, es decir, ver el estado estacionario como un ideal complementario bajo la visión del decrecimiento a pesar de que no se tenga la certeza de su completa viabilidad en el largo plazo.

Habría que añadir un último párrafo, para señalar la importancia que tiene el pensamiento y obra de la escuela clásica dentro del proceso de decrecimiento y la crisis ambiental. Es sorprendente observar como gran cantidad de incógnitas que tratamos en la actualidad, ya han sido cercioradas por los autores clásicos. Por ello, resultaría de gran ayuda a la hora de afrontar la crisis social y ecológica actual que tuviéramos en cuenta todos los escritos y obras referentes a los límites del crecimiento propuestos por los autores clásicos.

7. REFERENCIAS

- Arrighi, G. (2007). *Adam Smith en Pekín orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Akal.
- Calbet, Y., Del, U., & Vasco, P. (2012). *La crítica a la economía del crecimiento. Evolución discursiva y debates actuales*. Universidad del País Vasco.
- Carpintero, Ó., & Martínez Alier, J. (2006). *La bioeconomía de Georgescu-Roegen*. Montesinos.
- Ceña Delgado, F. (1977). *La Controversia crecimiento-bienestar en la literatura económica*. Revista de Estudios Agro-sociales 98, 129-144 . Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. <http://hdl.handle.net/10396/5709>.
- Daly, H. (1977). *Steady-state Economics*. Whashington DC: Island Press.
- Donato, M. Di. (2009). *Decrecimiento o barbarie. Entrevista a Serge Latouche*. Área Eco-social de FUHEM, Papeles: nº107.
- Fernández García, Á. (2019). *Límites del Crecimiento Económico y Decrecimiento: Una aproximación desde la economía ecológica*. Universidad de León.
- Foster, J. B. (2000). *La Ecología de Marx: Materialismo y Naturaleza*. El Viejo Topo.
- Georgescu-Roegen, N. (1971). *La Ley de la Entropía y el Proceso Económico*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press: Universidad de Harvard.
- Georgescu-Roegen, N. (1977). *El Estado Estacionario y la salvación Ecológica: Un Análisis Termodinámico*. Bioscience, Volume 27, Issue 4, Pages 266-270. <https://doi.org/10.2307/1297702>.
- Jiménez, R. V. (2010). *Crisis global: neomalthusianos vs poblacionistas*. *Energía, Desarrollo y Globalización: Los Dilemas de La Soberanía.*, (c), 69–80. <http://www.mundosigloxxi.ciecas.ipn.mx/pdf/v05/20/04.pdf>
- Kerschner, C. (2003). *La Economía del Estado Estacionario: ¿El único camino hacia un futuro sostenible?*. Institute for Bussiness Studies and Economics of Vienna. <https://doi.org/10.19053/01203053.v27.n46.2008.238>
- Kerschner, C. (2008). *Economía en estado estacionario vs. decrecimiento economico:*

- ¿opuestos o complementarios?. Ecología Política.
<https://www.ecologiapolitica.info/?p=5344>
- Latouche, S. (2008). *La Apuesta por el Decrecimiento: ¿cómo salir del imaginario dominante?* (1ªed.). Icaria.
- Latouche, S., & Casas, A. (2009). *Decrecimiento y Postdesarrollo: el pensamiento creativo contra la economía de lo absurdo*. El Viejo Topo.
- Malthus, T. (1798). *An essay on the Principle of Population*. Oxford University Press.
- Masjuan i Bracons, E. (2002). *Procreación consciente y discurso ambientalista: Anarquismo y neomalthusianismo en España e Italia, 1900-1936*. Ayer, 46(46), 63–92. Universidad Autónoma de Barcelona. <https://dialnet.unirioja.es>
- Meadows, D., & Randers, J. (1972). *The limits to growth*.
- Mill, J. S. (1848). *Principios de Economía Política: con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*. Longsmans, Green, & Co, Londres.
- Ricardo, D. (1817). *Principios de Economía Política y Tributación*. John Murray, Inglaterra.
- Roncaglia, A. (2016). *La riqueza de las ideas: una historia del pensamiento económico* /. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Smith, A. (1776). *La Riqueza de las Naciones*. Oxford: Clarendon Press.
- Taibo, C. (2019). *El decrecimiento explicado con sencillez* (5ªed.amp., Enero de 2019). Los Libros de la Catarata.
- Trincado Aznar, E. (2007). *La cuestión agraria en John Stuart Mill*. Revista Internacional de Ciencias Sociales, 47–61.
<https://revistas.um.es/areas/article/view/118501/111801>
- Urteaga, L. (1985). *La Economía Ecológica de Martínez Alier*. Documents D'Anàlisi Geogràfica 7,1985, pp.193-205. Universidad de Barcelona.
<https://www.raco.cat/index.php/DocumentsAnalisi/article/download/41371/52204>